

**CENA OFRECIDA POR EL MINISTRO DE EDUCACIÓN  
NACIONAL DE LA REPÚBLICA FRANCESA, JACK  
LANG.** París, 22 de enero de 2001

No es posible pisar el suelo francés sin sentir a la vez una especie de reverencia y de emoción ante la historia y la civilización que éste simboliza. Estar con los continuadores de la saga de la Canción de Rolando es, de alguna manera, compartir la tradición y la amistad de un pueblo que ha realizado un inmenso legado a la cultura universal.

Señor Ministro Jack Lang y señora Lang: Hoy ustedes nos honran con su hospitalidad y nosotros, venidos de la bella y lejana Colombia, con el calor del trópico en nuestra sangre, queremos decirles, en nombre de 40 millones de personas que pueblan nuestro extenso territorio de montañas, llanuras, selvas y playas, que valoramos y apreciamos la amistad del pueblo francés como un tesoro incalculable.

Nos separa un océano, pero nos acercan miles de vínculos culturales, familiares y económicos. La presencia y la influencia de Francia en Colombia ha sido una constante desde los tiempos de la colonia y el romántico siglo XIX, cuando todos, - políticos, pensadores, artistas, estudiantes-, miraban a Francia

como la meca de sus ilusiones, y cuando los franceses llegaban al país con espíritu abierto y emprendedor, como lo hizo en 1816 Julián Mellet, uno de tantos viajeros venido de la tierra de los galos, quien dejó estas interesantes anotaciones sobre cómo era la Bogotá de hace 185 años:

*“Los habitantes son muy afables; se entregan al cultivo de las artes y de las ciencias; la delicadeza que ponen en sus operaciones comerciales es garantía segura de buena fe; por eso los extranjeros hacen buen número de negocios; llegan de todas partes por la regularidad de las costumbres de los habitantes, como por la facilidad de darse a entender, cualquiera que sea la lengua que hablen; pues, sea por razón de sus numerosas relaciones, sea por las ganas de conocer de todo un poco, sea, en fin, porque entra en su educación hablar algunas lenguas extranjeras, se entregan a este estudio con particular cuidado. El francés, especialmente, era en mi tiempo el idioma más familiar; las damas mismas lo hablaban con mucha gracia y lo habían puesto de moda”.*

Colombia ha sido, durante mucho tiempo, un país apegado a la tradición francesa. Nuestras leyes civiles aún sientan sus bases en el llamado Código de Napoleón; la doctrina de los grandes

juristas franceses es aún citada y aplicada por nuestros jueces; nuestras instituciones políticas están fundadas sobre la teoría del contrato social de Rousseau y sobre la división y equilibrio de los poderes de que hablara Montesquieu.

¡Cuántos poetas nuestros han bebido de la fuente inagotable de la poesía francesa; cuántos filósofos han aprendido en esta tierra los fundamentos del racionalismo cartesiano, del existencialismo de Sartre y Camus, o del posmodernismo de Lyotard; cuántos artistas descubrieron la luz guiados por la sensibilidad de los impresionistas o replantearon su visión del arte a través del dadaísmo de Duchamp!

Aquí, en Francia, se han educado muchos colombianos que ven en la cultura y las instituciones francesas un ejemplo a seguir. No por nada, Colombia es el país americano de habla hispana que más estudiantes tiene matriculados en las universidades francesas. Así que la relación entre nuestros pueblos no es una novedad que estemos estimulando hoy, sino una realidad cierta e histórica que corresponde también al excelente nivel de nuestras relaciones diplomáticas.

Nuestro propósito, para volver a los tiempos que narra Julián Mellet, cuando la lengua francesa era tan apreciada y conocida en las ciudades colombianas, es incentivar aún más su estudio en las instituciones de educación secundaria y universitaria en nuestro país, con la participación de calificados profesores oriundos de Francia, que encontrarán en Colombia un ambiente amable para su labor. Porque así como en Francia el español se está consolidando cada vez más como una tercera lengua, estoy convencido de que en Colombia también podemos y debemos hacer del francés un idioma familiar para nuestros estudiantes y profesionales.

La cooperación entre Francia y Colombia en materia cultural, educativa, científica y tecnológica es una corriente que no cesa. Gracias a ella, el año pasado se presentó en París la más grande muestra de piezas precolombinas del Museo de Oro de Bogotá, en tanto en esta ciudad los colombianos pudimos disfrutar una histórica exposición de obras de Picasso.

En el aspecto educativo, aparte de los continuos intercambios y becas que estimulan nuestro encuentro enriquecedor, quiero celebrar el importante avance en las acciones orientadas al

perfeccionamiento del Convenio de Reconocimiento Mutuo de Títulos y Certificados de Estudios entre nuestros países.

Estamos tranquilos, señor Ministro Lang, porque sentimos en usted a un amigo sincero e incondicional, y confiamos en que seguirá siendo, como siempre, un incansable promotor de la cooperación entre nuestros países, con base en la educación. Como dice su buen amigo Gabriel García Márquez, la educación es el órgano maestro del cambio social. *“Una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera más a sí misma”*. Es por esa educación por la que debemos trabajar juntos, como lo hacemos hoy Francia y Colombia, para que sigamos gozando las ventajas recíprocas de nuestras culturas.

Para que los festivales de cine francés sigan haciendo furor en nuestras ciudades. Para que los filósofos franceses sigan llenando los auditorios universitarios de Colombia. Para que Gabo y su universo mágico, para que Alvaro Mutis y su gaviero Maqroll, para que Germán Espinosa y su tejedora de coronas, sigan acompañando la imaginación de Francia. Para que la cumbia salga de fiesta con el can-can y el joven Buenaventura

pueda seguir cantando “*Ne me quitte pas*” en ritmo de salsa. Para que *Mano Negra* vuelva a recorrer los caminos de Macondo en un vagón de hielo, pletórico de música y de arte. Para que Francia y Colombia sigan creciendo juntas en la interacción creativa de sus almas.

Francia ha sido siempre un país interesado en la suerte y el devenir de las naciones de América Latina y, muy particularmente, de Colombia. Por eso ha sido y sigue siendo un importante asociado en materia de cooperación para programas sociales, ambientales y educativos. Y valga la oportunidad para recordar con gratitud la solidaria y rápida respuesta que tuvieron el gobierno y el pueblo francés frente al terremoto que, hace dos años, por estas fechas, asoló las tierras cafeteras de Colombia. Como siempre, es en las dificultades donde se reconoce a los verdaderos amigos.

¡Qué bueno poder decir que hoy seguimos contando con el interés y la disposición de Francia y de sus socios europeos por contribuir a consolidar un clima de paz, de desarrollo social y de progreso en nuestro país, cuya suerte es determinante en el ámbito de toda América Latina!

El logro de la paz en Colombia no es sólo una preocupación gubernamental, sino una verdadera política de Estado, que reúne en torno suyo a las diversas fuerzas políticas y sociales del país. El apoyo de la República Francesa al proceso de paz es, entonces, más que el apoyo a un gobierno, el respaldo al esfuerzo común de todos los colombianos.

Francia recibió hace un año a la comisión de negociadores del Gobierno colombiano y de las FARC que realizó un recorrido informativo por varias naciones europeas; también participó en la Audiencia Internacional sobre Medio Ambiente y Cultivos Ilícitos que se llevó a cabo en junio del año pasado en San Vicente del Caguán, y ha intervenido activamente como miembro del Grupo de Países Amigos que están sirviendo como facilitadores dentro del proceso de acercamiento con el ELN, bajo la dirección destacada del Embajador Daniel Parfait.

Además, ha tenido una participación activa en el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, tanto en la primera reunión celebrada en julio en Madrid, como en la segunda, que se llevó a cabo el mes pasado en Bogotá, cuando la posición de la Unión Europea fue coordinada por su delegado. Estamos seguros de que encontraremos igual voluntad de cooperación

en la próxima reunión del Grupo que se llevará a cabo en dos meses en Bruselas.

En todos estos eventos ha sido ejemplar el interés de Francia en aportar soluciones a los difíciles momentos que vive mi país, dentro de una órbita de respeto a los derechos humanos y el medio ambiente, y con énfasis en los programas sociales. Es un interés que hoy agradecemos y valoramos de corazón.

La situación de Colombia es compleja; no se puede resumir en unas pocas líneas y no es mi intención hacerlo en este momento, pero en algo sí quiero ser claro: Nuestro país ha afrontado durante mucho tiempo, solo y con sus escasos medios, la lucha contra el problema mundial de las drogas, sufriendo la pérdida de muchas vidas honestas y de inmensos recursos que tendrían que ser destinados a la inversión social.

El nefasto negocio de las drogas se ha convertido, además, en la principal fuente de financiamiento de los grupos armados al margen de la ley, que siembran violencia, miseria y desempleo por todo el territorio del país. Nuestro pueblo es la principal víctima de este círculo vicioso.

Pero el problema es de todos. Por eso hemos acudido a la comunidad internacional para que, bajo el concepto de la responsabilidad compartida, nos ayude a erradicar este flagelo de la faz de la tierra. Y hemos convocado a un frente común para que todos los países: los productores, los consumidores, los que venden los insumos químicos y aquellos donde se lavan los dineros ilegales, obremos conjuntamente para conjurar una situación que afecta el futuro de nuestros jóvenes.

En tal sentido, celebro la buena disposición del Gobierno Francés para contribuir, dentro de los parámetros de la Unión Europea, en la Estrategia de Fortalecimiento Institucional y Desarrollo Social que ha diseñado mi gobierno para sacar a Colombia adelante, incluyendo un aumento de la presencia institucional del Estado en las zonas más apartadas del país; la sustitución de los cultivos ilícitos por cultivos legales, acompañada de programas de desarrollo social y comunitario; el apoyo a la población que ha sido desplazada por la violencia; la protección de los derechos humanos, y el logro de la paz a través de procesos de diálogo con los grupos subversivos.

Son muchas metas, que implican el desarrollo simultáneo de un gran número de programas, y estamos seguros de que

contaremos con el respaldo siempre eficaz del pueblo francés, porque éste entiende, más que ninguno, la necesidad y la conveniencia del apoyo internacional para salir con éxito de las crisis que históricamente sacuden a las naciones.

Señor Ministro Jack Lang y amables invitados:

Alphonse de Lamartine decía que *“un pueblo sin alma es solamente una multitud”*. La querida República Francesa, por fortuna, tiene un alma gigantesca, que oscila entre el más puro racionalismo y la más apasionada visión latina de la vida. Colombia también ha traído con nosotros la esencia de su alma: un alma generosa, alegre, creativa, talentosa y llena de amor, que renace cada día en medio de sus dificultades.

Amigos: Permítanme, para terminar, levantar, en el cordial encanto de esta noche, mi copa de amistad y gratitud, y brindar por las almas de nuestras dos naciones; por su futuro venturoso; por su mayor unidad y cooperación; por usted, Señor Ministro Lang; por Madame Lang; por los amables asistentes a esta cena y por el buen suceso de nuestras esperanzas.

Muchas gracias